

Discursos de ingreso



CUATRO MOMENTOS DE PELIGRO PARA LA CUSTODIA DE TOLEDO

JUAN ESTANISLAO LÓPEZ GÓMEZ
Académico numerario

«Monstra te esse Matrem sumat per te
preces qui pro nobis natus tulit esse tuus, te
deprecamur audinos et filio comendanos»¹

Excelentísimo Sr. Director, excelentísimas e ilustrísimas autoridades, señores académicos, señoras y señores:

Como alumno que fui del colegio de Infantes he querido iniciar mis palabras con esta jaculatoria para, perpetuando una secular tradición mantenida por los antiguos colegiales, impetrar por el buen resultado de mi conferencia, como ellos hicieron para alcanzar sus objetivos académicos.

El poeta romano Virgilio nos dice que «mientras el río corra, los montes hagan sombra y en el cielo haya estrellas, debe durar la memoria del beneficio recibido en la mente del hombre agradecido». Con esta idea de gratitud quiero iniciar mi conferencia expresando mi sincero agradecimiento a los ilustres académicos por haberme admitido en tan distinguida

¹ El discurso de ingreso de Juan Estanislao López Gómez comenzó acompañado por la interpretación musical de Lucía Pajuelo Baena (clarinete) y Gabriel Muñoz de la Torre García (órgano).

e importante centenaria institución y a quienes, desde esta tribuna, me ofrezco en todo aquello en lo que humildemente pueda contribuir para dar más brillo, si cabe, a esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, que tanto ha trabajado y sigue contribuyendo en la guarda y vigilancia de la riqueza artística y monumental de Toledo; pues uniéndome al sentir del dramaturgo Plauto, «mal hombre es aquel que sabe recibir un beneficio y no sabe devolverlo».

Un agradecimiento que se acrecienta al serme otorgada la medalla número VI, insignia que lucieron sobre el pecho grandes hombres, que tan solo pronunciar sus nombres causa admiración y respeto, como fueron Verardo García Rey, Ismael Ciriaco del Pan y Fernández, Calixto Serichol e Ibáñez, Máximo Martín Aguado y Ángel Fernández Collado.

En Los Cerralbos, la localidad toledana de la que en el interrogatorio del cardenal Lorenzana, el 12 de mayo de 1788, dijo el cura párroco D. Felipe del Río que «no tenía noticia de hombres memorables en la localidad», en 1952, con el nacimiento de Ángel Fernández Collado, este punto de la encuesta se trocó. Tras cursar sus primeros estudios en la escuela de su pueblo, aún siendo niño, marchó al Seminario Menor de Talavera de la Reina. Allí, en la ciudad de la cerámica, sus educadores fueron modelando la arcilla de su vocación con el torno de los estudios hasta moldear un ánfora preciosa que los alfareros de los Seminarios Menor y Mayor de Toledo ultimaron hasta su ordenación sacerdotal el 10 de julio de 1977.

Este búcaro de fino barro, con los años, se fue llenando del agua vivificadora del vocacional saber hasta conseguir la licenciatura y el doctorado en Historia Eclesiástica por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, la licenciatura en Estudios Eclesiásticos por la Facultad de Teología del Norte de España, con sede en Burgos, y la diplomatura en Archivística por la Escuela de Archivística, Documentación

y Biblioteconomía del Archivo Secreto del Vaticano, entre otros estudios que permanentemente sigue cuidando.

Por una de las cuatro bocas con que fue diseñado el sobrio y recio recipiente, a borbotones manará un dulce vino mezclado con unas gotas de agua que le servirán de alimento y empuje en sus destinos sacerdotales, iniciados como vicario parroquial en el Buen Pastor y más tarde en la parroquia de San José Obrero de Santa María de Benquerencia, ambas en Toledo. Otros nombramientos fueron el de capellán de las Siervas de María, capellán mozárabe, canónigo de la Santa Iglesia Catedral Primada y vicario general del arzobispado de Toledo, culminando su ministerio sacerdotal el día 15 de septiembre de 2013, cuando, iluminado el templo primado por las multicolores vidrieras, fue consagrado obispo bajo la atenta y dulce mirada de la Virgen Blanca del coro primacial.

Desde la segunda boca brotará el suave licor de la pedagogía con la que Ángel Fernández Collado regó los institutos de El Greco y Alfonso X el Sabio, y la Facultad de Humanidades de la UCLM en su campus de Toledo. Los talentos que recibió en el Seminario, al Seminario los devolvió con creces desde su cátedra en el Instituto Superior de Estudios Teológicos de San Ildefonso, en Toledo.

Un licuado néctar perfumado de historia surtirá de la tercera abertura, exhalando paleografía y viejos grafismos con los que D. Ángel se servirá para dirigir diariamente el Archivo y Biblioteca Capitulares de la Primada, cuna y epicentro de sus investigaciones con los que fundamentar su casi centenar de artículos de historia, publicados en prestigiosas revistas de ámbito nacional e internacional, y decenas de libros, de entre los que destacamos *El Concilio Provincial de Toledo de 1565* (1996), *Concilios Toledanos Postri-dentinos* (1996), *La Diócesis de Toledo y el Cardenal Portocarrero* (1997), *La Catedral de Toledo en el siglo XVI*.

Vida, arte, personas (2015), *Obispos de la provincia de Toledo (1500-2000)* (2000), *Códices de la Capilla Sixtina en la Biblioteca Capitular de Toledo* (2011) e *Historia de la Iglesia en España* (2007). Obras, como las otras que no he mencionado, que nos hablan de su calidad como historiador.

Saliendo de la última boca, un policromo fluido derramará organismos e instituciones a los que dará lustre con su presencia, como son el Instituto Visigótico-Mozárabe, la Cofradía Internacional de Investigadores, el Instituto Español de Historia Eclesiástica, la Asociación de Archiveros de la Iglesia Española; es, además, socio honorario de la Asociación Cultural Montes de Toledo, caballero de honor del Capítulo de Nobles Caballeros de Isabel la Católica, patrono de la Real Fundación Toledo, hermano cofrade Gran Cruz de Justicia de la Real Cofradía de San Teotónio (Portugal) o la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, donde ostenta el título de académico honorario; y en todas estas asociaciones ha alcanzado altos cargos de responsabilidad.

Cuatro surtidores cubiertos por el barniz de su lema episcopal, «*Evangelizare Iesum Christum*» (*Anunciar a Jesucristo*), pues, como toda buena pieza cerámica, esta ánfora de su vida está esmaltada por la fina capa de bondad y afabilidad con las que Ángel Fernández Collado regala a todo aquel que tiene la suerte de conocerle.

Al ser el último poseedor de la numisma número VI el Excmo. Sr. Dr. D. Ángel Fernández Collado, mi director de tesis doctoral, me veo en la gozosa obligación de expresarle mi público reconocimiento pronunciando mi conferencia ante todos ustedes disertando sobre uno de los temas que él investigó, como es la custodia de la catedral de Toledo, que llevará por título «Cuatro momentos de peligro para la Custodia de Toledo».

1. EXORDIO.

A lo largo de los casi quinientos años de vida de la custodia que labrara Enrique de Arfe, varios han sido los momentos que han puesto en riesgo su integridad y que pudiéramos calificar de incidencias menores, como fueron los causados por las inclemencias del tiempo durante la procesión de 1653 donde «llovió este día en poco tiempo mucha agua cuando la custodia estaba entre San Nicolás y San Vicente» y los peones de la catedral tuvieron que cubrirla con un «tejadillo encerado que defendió la custodia del agua»; o en 1874, cuando fue tan grande el aguacero que se deshizo la procesión y el preste guardó el Santísimo en la arqueta que para estos casos se lleva, y la custodia, chorreando agua, se dejó en la capilla de la Virgen del Sagrario hasta que se secó². Otro incidente de muy diferente índole ocurrió el 3 de octubre de 1870, al ser robado el remate de la custodia de oro denominado *palomar*, y que gracias a la actuación del clavero catedralicio, Mariano Cereceda, se pudo recuperar cuando a la misa del alba bajó a abrir la puerta del Locum, donde aún se encontraba el ladrón³.

Pero la conferencia que hoy nos ocupa tratará de cuatro situaciones que hicieron peligrar la misma existencia de esta «custodia labrada, torre del cuerpo de Cristo, donde la nieve entre el fuego ha visto / su redondez consagrada».

Antes de salir Jesús de la casa de sus amigos de Betania con dirección a Jerusalén, fue perfumado por María de Magdala con una libra de unguento de nardo.

Al llegar a la Ciudad Santa sobre un joven pollino, la multitud salió a su encuentro agitando ramas de olivos y gritando: ¡Hosanna en lo más alto al rey y profeta!; al tiempo

² J. E. López Gómez, *El Corpus. Fiesta Grande de Toledo*, Toledo, Ediciones Covarrubias, 2013, pp. 116-117.

³ M. Goitia, «Cofradía y Hermandades de Toledo», *Toletum*, 7, 1974, p. 222.

que iban echando a sus pies flores silvestres y plantas olorosas para que fueran maceradas a su paso.

Por indicación de Jesús, sus amigos Pedro y Juan, acariaciados por la dulce brisa de la primavera y antes de que la luna nueva asomara en el horizonte, se adelantaron por unos caminos jalonados por tomillos y mistranzos para preparar la sala donde comer el cordero pascual, sin imaginar que sería la última cena de Jesús.

En aquella habitación, humilde pero espaciosa y bien solada, el anfitrión ofreció su pan a los discípulos: «Tomad, comed, esto es mi cuerpo». Y acto seguido les dio a beber el vino de su vaso, diciéndoles: «Esta es mi sangre».

Con estas palabras, incomprensibles por el momento para los comensales, se instituyó el Sacramento de la Eucaristía, haciendo que ese pan y ese vino, que en principio solo eran alimento para el cuerpo, al quedar transubstanciado con las eucarísticas palabras fueran también el sustento del alma.

El fervor a la Eucaristía, defendida desde los primeros momentos, incluso con la sangre derramada por los mártires, se fue acrecentando con el paso de los siglos. Unido a la serie de prodigios y milagros conocidos por el archidíacono Jacobo Pantaleón, más tarde pontífice Urbano IV, como fueron las visiones de la beata Juliana de Rétine, en 1208; el milagro de los corporales de Daroca acaecido en 1239 o el de 1263, en la misa de la iglesia de Santa Cristina, de Bolsena, donde, ante la incredulidad del oficiante, en el momento de la consagración, de la sagrada forma empezó a brotar sangre sobre los corporales. Estas fueron las razones por las que el papa Urbano IV, el 11 de agosto de 1264, firmara en Orvieto la burla *Transiturus de hoc mundo* para establecer con carácter universal la festividad del Corpus Christi, pues en la «Causa de la institución de esta solemnidad» se dice: «Pues en el día de la Cena del Señor, día en el cual el propio Cristo instituyó

este sacramento, la iglesia universal ocupada en la reconciliación de los penitentes, en la sagrada consagración del óleo sagrado, en el cumplimiento del encargo del lavatorio de los pies y en otras muchas otras cosas no puede quedar privada de la celebración de este máximo sacramento»⁴.

La celebración de la fiesta se inició con la concesión de gracias e indulgencias «a los fieles que participen y celebren tan gran fiesta» asistiendo a misa, a los que se confesaran en el oficio matinal de ese día, a los que acudiesen a las primeras vísperas, así como a los que concurrieran a la hora de prima, tercia, sexta, nona y completas⁵.

Con la aparición de posturas contrarias y heréticas al misterio eucarístico, los pontífices reforzarán su adoración y su fiesta añadiendo a las indulgencias nuevas manifestaciones de exaltación a la Eucaristía.

Clemente V, en el concilio de Vienne de 1311, dictó las normas para regular la procesión con el Santísimo por el interior de los templos. Cuatro años más tarde, en 1315, el papa Juan XXII introdujo la Octava y Exposición del Santísimo. El 26 de mayo de 1429, el papa Martín V, por la bula *Ineffabile Sacramentum*, otorgaba gran cantidad de indulgencias, siendo ampliadas por Eugenio IV el 26 de mayo de 1433 mediante la bula *Excellentissimum*. Igualmente, durante el mismo siglo XV, se fomentó el rezo de las Cuarenta horas delante del sagrario, en memoria de las cuarenta horas que Cristo pasó en el sepulcro. Y Nicolás V, en 1447, salió por vez primera procesionalmente con la Sagrada Forma por las calles de Roma⁶.

⁴ J. E. López Gómez, *op. cit.* La bula *Transiturus* ha sido traducida del latín por Juan Carlos Gómez-Gordo Consentino.

⁵ Archivo Catedral de Toledo. Biblioteca Capitular. *Indulgentie in Festo Corporis Christi*. Siglo XV, cajón 17, libro 17.25.

⁶ J. E. López Gómez, *op. cit.*



Estas nuevas manifestaciones de adoración a la Hostia Consagrada dentro y fuera de los templos fueron las causantes de la creación de nuevos objetos litúrgicos.

Toledo, cristiana desde época romana y cabeza peninsular en tiempos visigodos, recibió el título de *Primada* por la bula *Cunctis sanctorum* el 15 de octubre de 1088, en tiempos del papa Urbano II. Con esta trayectoria de la Iglesia toledana, el medievalista Ramón González nos informa de que el primer documento que atestigua la primera celebración del Corpus en la sede de San Ildefonso se remonta al año 1333, si bien es verdad que Anselmo Gascón de Gotor la adelanta a 1280. Lo cierto es que en 1336, en el sínodo diocesano de Alcalá de Henares, celebrado, entre otros asuntos, para reducir el excesivo número de fiestas de precepto, la fiesta del *Corpus Domini* se mantuvo en el calendario litúrgico por «el gran arraigo que tiene en el pueblo», algo que habría resultado difícil lograr en tan solo tres años.

A partir de esa fecha, las citas al Corpus de Toledo serán constantes. Transcurridos dos años del mencionado sínodo, en el inventario de 1338 de las alhajas catedralicias, realizado por el canónigo tesorero Gonzalo Ruiz, aparece «Una custodia de plata esmaltada para Corpore Christi con un tabernáculo e una cruceta con su crucifixo en somo do va la ostia». Un nuevo inventario realizado en 1343 por el tesorero D. Bernalt Zafont nos habla de otra «custodia de Corpore Christi cumplida con un pie en dos cajas de cuero... cuyo peso es de 800 marcos». Custodia procesional o de asiento que irá experimentando las lógicas modificaciones y añadidos habituales en este tipo de objetos litúrgicos⁷. Con toda probabilidad esta fue la custodia que desfiló por las calles de Toledo en la primera procesión documentada en 1418, ade-

⁷ R. González Ruiz, *Corpus, historia de una presencia* (catálogo de exposición), Toledo, Instituto Teológico San Ildefonso, 2003, pp. 194-204.

lantándose en cincuenta años a la primera procesión que celebrara el papa por las calles de Roma.

El chambelán Antonio de Lalaing, conde de Hoogthaelen y señor de Montigny, quien presenció la procesión del Corpus de 1502, nos dijo de ella que «llevaron el Santísimo Sacramento muy reverentemente, en unas andas de plata de cinco a seis pies de alto, en forma de custodia con un palio de paño de oro»⁸. En el inventario del sagrario de Cisneros de 1503, signado en el archivo de la catedral como *Inventario 25*, se dice: «Otra custodia muy grande de plata que tiene cuatro varas de plata labrada, que tiene cada vara nudos y tiene un cielo de raso carmesí guarnecido de hoja de plata que se pone sobre las cuatro varas. Las cuales no tienen peana sino de madera plateada»⁹.

Esta fue la custodia que sirvió como templete para cubrir el ostensorio de Almerique, comprado por Cisneros el 13 de marzo de 1505 en la testamentaría de Isabel la Católica, hasta que se encargó a Enrique de Arfe la nueva y monumental custodia, que Guillermo Téllez calificó como «la mayor joya del mundo occidental». Una riquísima custodia que, a lo largo de sus cinco siglos de vida, ha quedado expuesta, por su propio valor, a riesgos que han hecho peligrar hasta su misma existencia.

2. GUERRA DE LAS COMUNIDADES.

«¿Quién es éste que en reguarda	y la gloria de su estado?
de su castillo dorado	Es mayor que cielo y tierra
puso dentro su grandeza	y está en él no abreviado,

⁸ J. E. López Gómez, *El Corpus de Toledo*, Toledo, Ed. Jer, 1999, p. 143.

⁹ Al margen del documento, con letra diferente está escrito: «Esta custodia se llevó del sagrario D.^a María Pacheco cuando a las Comunidades». Información que debemos tomar con cautela, pues desconocemos el origen, circunstancias e intención con que fue escrita, pues otras fuentes no lo respaldan e incluso lo contradicen.

que la fe le hace anchura
y su poder extremado.
¡Oh castillo inexpugnable
de ángeles torreado!,
por el Rey que en ti preside,
paraíso eres llamado.
El alcaide que te vela,

que los cielos ha criado,
homenaje nos ha hecho
de ser siempre en ti adorado.
A ti cercan serafines
con fervor acelerado
por ver la flor nazareza
en color no acostumbrado»¹⁰.

Con estas estrofas del romance titulado «En adorable fervor y reverencia de la santa custodia», de fray Ambrosio de Montesino, el franciscano que fuera compañero de hábito y celda del ideólogo e impulsor de «la custodia más excelente que nunca se ha visto», iniciamos la serie de peligros que a lo largo de los siglos ha padecido el dorado castillo eucarístico, y que como ahora veremos, surgieron en el mismo momento de su construcción.

Desde que en enero de 1493 se cerró la última bóveda de la catedral, el templo primado fue un imán para artistas centroeuropeos que, atraídos por el mecenazgo del cabildo y sus ricos primados, vendrán a dejar lo mejor de su arte en la *Dives Toletana*, iniciando una globalización artística de unas dimensiones hasta el momento no conocidas.

Sin escatimar esfuerzos ni dineros, los canónigos contrataron a los pintores Juan de Borgoña y Francisco de Amberes. Para las rejas se llamó a Juan Francés. Sobre las arquitecturas de Hanequín de Bruselas, Juan Was y toda la familia Egas se soportarán las esculturas de los maestros Doménico Fancelli, Copín de Holanda, Felipe Bigarny, Petit Juan, Mateo Alemán o el francés Esteban Jamete. El pétreo recinto se iluminará con las multicolores vidrieras de Jacobo Dolfín, Enrique Alemán, Luis Coutin, Pedro el Francés o Alberto de Holanda. Para imprimir los libros litúrgicos se recurrirá a Melchor Go-

¹⁰ Todos los versos de la conferencia son recitados por José María González Cabezas (rapsoda), con acompañamiento musical de Montserrat Egea (violonchelo).

rricio y Pedro de Hagenbach. En orfebrería no se hará una excepción, trayendo al mejor orfebre de todos los tiempos.

Durante el pontificado del cardenal Cisneros (1495-1517) contaba la catedral con esta custodia de plata de la que el viajero alemán Jerónimo de Münzer, en 1495, nos dijo que «es la mejor custodia de plata que he visto en mi vida».

Cisneros, hombre austero, de rigor penitencial, humilde y muy religioso, con una gran devoción a la eucaristía, destinó las grandes riquezas que poseía -procedentes de sus elevados cargos de responsabilidad- al engrandecimiento del culto divino, entrando en sus planes la construcción de una nueva custodia más rica y suntuosa con la que mostrar al mundo que la catedral de Toledo era la Primada de las Españas.

El primer paso fue comprar la custodia de oro procedente de la testamentaría de la reina Isabel de Castilla, fallecida el 26 de noviembre de 1504, labrada por el barcelonés Jaume Almerique entre 1495 y 1499. Años más tarde se añadiría el célebre *palomar*, joyero, igualmente de oro, perteneciente a la reina Católica. «E luego el dicho día mandó su alteça asentar el dicho palomar... que todo junto parece una custodia».

Cisneros encargó las gestiones a los canónigos Álvaro Pérez de Montemayor y Fernando de Mazuecos, y a su camarero mayor Carlos de Mendoza, quienes se desplazaron a la ciudad de Toro el 13 de marzo de 1505, donde trataron con el camarero del rey Fernando el Católico, Sancho de Paredes, la compra del aurífero ostensorio, siendo tasado por los plateros vecinos de Toledo, Diego de Ayala y Hernando Ballesteros en «un cuento y treinta y cuatro mil ochocientos diez maravedís» (1.034.810 maravedís). Cifra no muy elevada si se tiene en cuenta que Almerique había empleado para su construcción diecisiete kilos del primer oro traído de América por el descubridor Colón, metal que entregó a los

Reyes Católicos y que la reina Isabel, guiada por su religiosidad, lo destinó para expositor de la Eucaristía¹¹.

Pero toda esta maravilla de auríferas filigranas, guarnecidas con las más exquisitas gemas, aún pareció poco al prelado Cisneros para que el divino albero de cereal fuese adorado en el templo más rico de la cristiandad después de San Pedro de Roma. Con esta idea de superar lo casi insuperable, se pensó en la construcción de una nueva custodia que alojara el ostensorio de la Reina Católica, pensando que el más idóneo para tan delicado encargo fuera el orfebre Enrique de Arfe, natural de Harff, pueblo alemán cercano a Colonia.

Para ello se encomendó al platero toledano Ferrand Núñez que viajara a la ciudad de León para invitar al maestro Enrique a venir a Toledo para encargarle la obra. Costaron los desplazamientos de ambos 4.626 maravedís, como quedó reflejado en el *Libro de gastos de la Obra y Fábrica de 1515*, con fecha del 28 de agosto de aquel año.

Cerrado el contrato el 23 de octubre, los canónigos entregaron los primeros 50.000 maravedís al orfebre alemán para que comprara siete marcos de plata para que hiciera un pilar como muestra, siendo el inicio de regulares y constantes libramientos con los que comprara el noble metal necesario para la nueva custodia.

No pareció que los capitulares tuvieran plena confianza en Arfe, pues encargaron al escultor Copín de Holanda la talla en madera de un modelo de custodia por el que el 15 de febrero de 1516 cobró 1.000 maravedís. Y unas semanas más tarde, el 5 de marzo, libraron al pintor Juan de Borgoña 4.000 maravedís por unos dibujos, hoy desconocidos, entre los que se encontraba el diseño de una custodia. Las dudas se disiparon cuando Ferrand Núñez, en enero de 1517, presentó a los

¹¹ ACT. Biblioteca Capitular. Inventario del Sagrario de Cisneros. 1503, sig. *Inventario 25*, fol. 24.

canónigos el pilar que Arfe le había entregado en la ciudad de Córdoba el 30 de diciembre pasado. El coste del viaje ascendió a 1.235 maravedís¹².

Pero las entregas de dinero, que desde el 23 de octubre de 1515 se iban realizando con toda normalidad al maestro orfebre, se vieron alteradas a partir de 1520, cuando Toledo se levantó en Comunidad frente a la política del nuevo monarca Carlos, haciendo peligrar el eucarístico proyecto de Cisneros.

El descontento, que en la primavera de 1520 provocó el levantamiento de los nobles y del pueblo toledano, igualmente cundió entre los miembros del cabildo catedralicio, pues las injerencias del nuevo rey en los asuntos eclesiásticos hacían peligrar incluso la misma integridad territorial del arzobispado toledano al solicitar al papa que dividiera el arzobispado en tres obispados; petición a la que accedió León X dando un Breve, fechado el 3 de marzo de 1518. El nombramiento como nuevo arzobispo primado del extranjero Guillermo Jacobo de Croy, con el disfrute de todas las prerrogativas y beneficios eclesiásticos, fue la chispa que hizo saltar la mecha de la discordia entre los capitulares.

En estos convulsos momentos de incertidumbre e intranquilidad para la catedral, pues su mismo cabildo estaba dividido entre canónigos realistas y defensores del movimiento comunero -como fueron, por citar dos ejemplos, los canónigos Rodrigo de Acevedo y el maestrescuela Francisco Álvarez Zapara-, se puso en grave peligro la construcción de la futura custodia, sobre todo cuando las tropas comuneras

¹² J. E. López Gómez, *Las custodias de Cisneros*, Toledo, Ed. Gremio de Hortelanos, 2017. N. Magán, en el *Semanario Pintoresco Español*, nº 23, 6 de junio de 1841. Recogido por J. P. Muñoz Herrera, *Toledo en el Semanario Pintoresco Español 1836-1857*, Toledo, Consorcio, 2008, pp. 135-137.

de María Pacheco entraron violentamente en la catedral en busca de fondos con los que costear la guerra¹³.

En el asalto se apoderaron de varios objetos de plata y de 600 marcos de este metal. Si tenemos en cuenta que en tiempos de los Reyes Católicos un marco de plata equivalía a 2.278 maravedís, supone que, además de la plata, sustrajeron 1.380.800 maravedís, lo que fue un grave descalabro para las arcas del cabildo, suponiendo un fuerte revés para seguir con la construcción de la nueva custodia en la que Enrique de Arfe llevaba trabajando seis años.

Al rastrear entre las actas capitulares y los libros de obra y fábrica observamos que, junto a la entrega de marcos -en menor cantidad que en años anteriores-, a partir del 19 de junio de 1520 las entregas al maestro Enrique se hacen también en plata, procedente del tesoro, como los veinticinco marcos y cuatro onzas que sacaron los prebendados Bartolomé Medina, don Diego López de Ayala y el licenciado Peña. Con similares objetos argentíferos se hicieron libramientos el 7 de noviembre, el 19 de mismo mes, el 18 de diciembre y el 19 de febrero de 1521. En el cabildo celebrado el 14 de marzo de ese año se vuelve a insistir en que «en este dicho día mandaron que se deshagan algunas cosas de plata del sagrario que no son menester y que se den para la custodia»¹⁴. Como así se hizo el 24 del mismo marzo, entregando al maestro Arfe treinta marcos y cinco onzas de plata.

Ajusticiado Padilla en Villalar en abril de 1521, el comunero obispo de Zamora Antonio Acuña se replegó a Toledo, donde continuó la resistencia. Sin el apoyo de las ciudades castellanas y falto de dineros, rodeó la catedral con 300 hom-

¹³ F. Martínez Gil, *Toledo en las Comunidades de Castilla*, Toledo, Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos (IPIET), 1981; *María Pacheco. 1497-1531*, Ciudad Real, Almud, 2005, pp. 167-195.

¹⁴ ACT. Acta Capitular nº 4, 7/01/1511-29/07/1527; 14/03/1521, fol. 240 v.

bres, expoliando nuevamente las arcas de la Primada, volviendo a poner en riesgo la eucarística construcción.

Unas semanas más tarde, el 3 de febrero de 1522, festividad de San Blas, María Pacheco, viuda de Padilla, salía de la ciudad por la puerta del Cambrón vestida de campesina y portando dos escandalosos ánsares rumbo a Portugal, dando con ello por finalizada en Toledo la Guerra de las Comunidades.

El 8 de julio, vuelta la normalidad, el jurado Hernando Vázquez, por mandato del canónigo obrero Diego López de Ayala y el visitador Bartolomé Medina, entregaba 25.000 maravedís (y no plata) a Enrique de Arfe. Maravedís que se seguirán entregando hasta el 23 de abril de 1524, fecha en la que, tras ocho años y seis meses de accidentadas entregas, se daba por concluido el ciprés áureo de etéreos pináculos ideado por Cisneros y labrado por el mejor platero del momento.

DECRETO DE LA S. CONGREGACIÓN DE RITOS (1618).

«Mira de fiesta la iglesia,
curiosamente entoldada,
no con mantas ni con redes,
mas con sargas de oro y plata.
Aqueste si que es altar
y aún parece que se ensancha,
de que es jardín, de que es cielo,
con luces y flores tantas.

¡Qué huerte está la Custodia!
no con corales y sartas,
mas con perlas y rubíes,
con topacios y esmeraldas.
Mira al santo Corpus Christi,
hermoso como unas pascuas,
subido en el posadero
que está en mitad de las andas».

Poco después de que en la imprenta toledana de la Viuda de Pedro Rodríguez se editase el «Romancero espiritual, en gracia de los esclavos del Santísimo Sacramento, para cantar cuando se muestra descubierto», del poeta toledano José de Valdivielso, el 2 de junio de 1618, la Sacra Congre-

gación de Ritos de Roma promulgaba un decreto que ponía en riesgo la validez y razón de ser de la custodia de Arfe¹⁵.

En el mencionado decreto se ordenaba que «en la procesión del Corpus, su octava y fiestas de entre año se lleve al Santísimo Sacramento en manos del celebrante y no en andas a hombros». Una orden que, si bien se había publicado para hacerse observar en todo el reino, no se llegó a aplicar, pasando a ser una de esas normativas que, por no muy bien explicadas razones, no se cumplió. Pero en 1675, con la venida a España del cardenal Savo Mellini como nuncio apostólico, en sustitución del cardenal Galeazzo Marescotti, fue cuando, tomando como suyo el decreto de la Sacra Congregación, hizo todas las gestiones a su alcance para suprimir de la procesión del Corpus las custodias procesionales de asiento.

Su primera decisión fue reflejada en una carta escrita el 25 de mayo de 1684, desde Madrid, ordenando al cabildo de la catedral de Toledo que observara el decreto, pues, aunque entendía que con ello se privaba «a esta Ciudad de la vista de la riquísima Custodia que tiene esta Santa Iglesia», el llevar al Santísimo en esta torre de oro y plata no significaba que se hiciera mayor demostración de culto, pues eso era un engaño para el pueblo. En la misma misiva se informaba a los capitulares que días antes había remitido otra al cardenal Portocarrero como arzobispo de la diócesis, pero que no había tenido contestación «por hallarse en la visita de su Arzobispado y en paraje que no haya podido responder», lo que nos hace sospechar que el arzobispo toledano no quiso darse por enterado de la carta al no contestarle, como más tarde se demostró.

El cabildo, al que no le pilló de sorpresa la carta de la nunciatura, pues en algunos lugares ya se estaba poniendo en práctica el citado decreto, el 29 de mayo de 1684 ordenó al

¹⁵ N. Esténaga Echevarría, *Autos Sacramentales y danzas. Notas históricas del beato Esténaga sobre la Catedral de Toledo*, Toledo, Catedral, 2016.

canónigo tesorero D. Gaspar de Rivadeneira informara al arzobispo del asunto, y con su acuerdo deliberar sobre esta novedad, al tiempo que se contestara al Nuncio de la «no conveniencia de hacer tan gran novedad que causara notable desconsuelo a los fieles y vecinos de esta Ciudad que por la estrechez de sus calles y planta concurren a donde pueden acomodarse en las casas, plazas y ventanas a adorar y venerar al Santísimo Sacramento, que yendo en una custodia se registra en todas partes»¹⁶. En la misma reunión igualmente se encargaba a los canónigos doctorales «vayan al archivo y vean si sobre esta materia hay alguna cosa en las actas capitulares que den noticias o reparos para no admitirse tal novedad»¹⁷.

Mellini, imaginando la resistencia del cabildo toledano de no sacar en procesión «la custodia que ha sido y es la admiración de cuantos la han visto en estos tiempos», insinuó al cabildo lo que él mismo hizo el año anterior en la corte, portar al Santísimo en las manos y «llevar las andas de la custodia delante, como de respeto por si sucedía algún accidente»¹⁸.

Informado el cardenal Portocarrero por el Dr. Francisco Fernández Angulo y por el arcediano de Guadalajara del parecer del cabildo de no hacer caso al decreto y sacar la custodia el día del Corpus como siempre se ha hecho, «su Eminencia manifestó ser del mismo sentir y acuerdo del cabildo, sin embargo, dijo que según su parecer en esta materia se vaya muy despacio dando toda la larga y dilación en todo»¹⁹, y que la carta que se ha de enviar al Nuncio Apostólico informándole de la negativa de no cumplir el decreto se mande «el mismo día del Corpus por la mañana para precaver el inconveniente de que dándosela antes, despache algún ministro con

¹⁶ ACT. Acta Capitular, 29 mayo 1684.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ ACT. Acta Capitular, 27 mayo 1684.

¹⁹ ACT. Acta Capitular, 30 mayo 1684.

orden o apremio para la observancia de la Sacra Congregación de Ritos y que el cabildo se halle con este embarazo»²⁰.

Las visitas y misivas epistolares entre la nunciatura y el cabildo toledano fueron constantes, al tiempo que las catedrales españolas demandaban a la de Toledo indicaciones sobre el modo de proceder en tan delicada cuestión, pues era un enfrentamiento abierto a Roma. A modo de ejemplo tomemos la carta de la catedral de Sigüenza, donde expone «haber dado cumplimiento este año» pero pide saber qué ha hecho Toledo y lo que está en ánimo de hacer en adelante. La catedral de Osma dice «no haberlo hecho por no haber llegado a tiempo esta noticia»²¹, aunque suplica a los señores canónigos les indique lo que conviene disponer, y en términos parecidos la catedral de Cádiz escribía al cabildo toledano esperando «su prudente y justificada determinación para, con su dirección, obrar cuanto deba a la obediencia de Su Santidad»²².

Aconsejados por el arzobispo y antes de que Mellini acudiera al papa para que presionara al cabildo toledano «pues debe dar ejemplo a las demás catedrales», en reunión celebrada el 6 de junio de 1684, se acordó volver a buscar en el archivo si había algún papel referente a la materia en cuestión. En esta ocasión la misión fue encomendada al canónigo doctoral y al Sr. D. Juan Manrique, y sin perder tiempo, casi contra reloj, escribieron un correo a Italia para que el procurador general en Roma, que era el cardenal y canónigo de Santiago D. Juan Juárez, expusiera a Inocencio XI las razones del no sacar a su Divina Majestad en mano²³, advirtiéndole igualmente en la misiva que en ningún momento pusiera en duda ni cuestionara a la Sacra Congregación de Ritos, poniendo sumo cuidado en esto.

²⁰ *Ibidem.*

²¹ ACT. Acta Capitular, 20 junio 1684.

²² ACT. Acta Capitular, 21 junio 1684.

²³ ACT. Acta Capitular, 10 junio 1684.

A partir de ahora entrarán en juego las más hábiles y sutiles diplomacias para, sin herir ni ofender a personas ni instituciones, conseguir la no aplicación del decreto de 1618.

El procurador general en Roma, Juan Juárez, una vez ganado el apoyo del secretario de la Congregación de Ritos y del agente del cardenal Portocarrero, el abad Andrea Daddi, logró acceder al papa para darle cuenta del malestar general que había en España por la supresión de las custodias procesionales y «Su Santidad holgó mucho oírle y respondió Su Beatitud no se innovaría sin oír a esta Iglesia y a las demás interesadas que observan tan laudable y antiquísimo estilo»²⁴.

El primer paso se había logrado. El papa dilataba la decisión de Mellini; ahora quedaba que se suprimiera el decreto.

Para hacer una mayor presión en la Santa Sede, además de las cartas que el cardenal Portocarrero envió al papa, a su primer ministro el cardenal Zibo y al deán de San Pedro, el procurador general en Roma pedía que escribieran todos los prelados españoles y todos los ayuntamientos pidiendo la supresión del indeseable decreto.

En el cabildo del 3 de julio de 1685 se lee la carta del procurador general en Roma, insistiendo en que para llevar la misión a buen puerto «se soliciten y remitan cartas de las Ciudades», pues el cardenal Mellini no cejaba en su empeño con obstinada persistencia.

La cuestión empezaba a solucionarse cuando, el 19 de julio de 1685, el cardenal Mellini comunicaba al cabildo «tener licencia de su Beatitud para volver a Roma»²⁵. Elegante manera de comunicar su destitución. Noticia que a todos alegró. Y el 4 de mayo del año siguiente de 1686 se daba orden al secretario de Estado para que el nuevo nuncio apostólico, Marcelo Durazzo, arzobispo de Calcedonia y anterior nuncio

²⁴ ACT. Acta Capitular, 4 septiembre 1684.

²⁵ ACT. Acta Capitular 23 julio 1685.

de Portugal, «deje continuar al clero español la antigua y loable costumbre de llevar en andas procesionalmente al Santísimo Sacramento»²⁶, añadiendo en el escrito «se imprima y remita a las Santas Iglesias que gustarán de ver y se guarde por si viniese otro Nuncio del parecer del Cardenal Mellini».

Para evitar cualquier futuro malentendido, el procurador general en Roma, en nombre del cabildo toledano, visitó al cardenal Azolini y a monseñor Cassali, secretario de ritos, para que confirmaran la autorización para sacar en procesión a su Divina Majestad Sacramentado en andas dentro de su rica custodia. No solo lo confirmaron, sino que apremiaron a que se escribiera a la Santa Iglesia de Toledo y a todas las demás de esos reinos «avisando para que sigan practicando tan loable costumbre y salgan de tan grandísimo cuidado»²⁷.

Y el miércoles, 12 de junio de 1686, víspera de la festividad del Corpus Christi, como de inmemorial se venía haciendo, nombraron a los gobernadores de la procesión, recayendo en los señores abad de Santa Leocadia, Dr. D. Miguel del Olmo, y a los señores mayordomos, siendo el licenciado Alonso de la Peña, capellán de coro, el que diera las velas al tribunal de la Inquisición.

Este sistema de portar al Pan de Ángeles en andas sobre los hombres de sacerdotes o de seculares «decentemente vestidos» estará vigente hasta el Corpus del 9 de junio de 1775, fecha en la que se estrenó la carroza sobre ruedas diseñada por el leonés Bernardo Miquélez para que, como ordenara el rey David, «subieron el Arca de Dios a un carro nuevo..., Uzzá y Ajyo guiaban el carro con el Arca de Dios»²⁸.

Con este triunfo del cabildo de la catedral toledana sobre la Sacra Congregación de Ritos no solo mostraba su poderío

²⁶ ACT. Acta Capitular, 30 julio 1686.

²⁷ ACT. Acta Capitular, 3 junio 1686.

²⁸ II Samuel, 6, 3-5.

Ahora, en 1808, nuevamente la custodia volvía a cambiar su secular recorrido, pero por otro motivo diferente.

El 27 de octubre de 1807 se firmó entre Francia y España el tratado de Fontainebleau. Por él se permitía dejar paso a las tropas francesas para invadir Portugal por haber roto el bloqueo continental dictado por Napoleón y llegar hasta Cádiz para proteger la escuadra francesa que se encontraba encerrada en aquel puerto desde la batalla de Trafalgar, pero lo cierto es que se trataba de una invasión en toda regla, pues en diciembre de ese mismo año Dupont entraba por Irún con 24.400 soldados. Bessières y Duhesme dirigían sendas divisiones para concentrarse en el norte de España. En enero de 1808, un total de 90.000 soldados habían cruzado los Pirineos, y el 23 de marzo, Joaquín Murat, gran duque de Berg, cuñado de Napoleón, entraba en la capital del reino³⁰.

Unida a esta invasión subrepticia se sumaba la crisis interna de la corte y del gobierno español, provocando que el pueblo se alzara contra el invasor, convirtiendo los cotidianos aperos laborales en improvisados objetos bélicos, supliendo la ineficacia de estas primitivas armas con el valor y coraje que animaban a la lucha contra el invasor en una guerra de Independencia, pues, como dijo Clausewitz, «la guerra no se deduce necesariamente del hecho de la invasión, sino del hecho de que los invadidos resisten al invasor».

Los canónigos toledanos, conscientes de los desastres humanos y materiales que provoca toda guerra, acordaron capitularmente que en secreto se sacaran de la catedral las joyas y reliquias más preciadas, poniéndose a mejor recaudo en lugar seguro e ignorado.

Francisco Morejón, tesorero y canónigo y un sacristán del Sagrario y se volvió otro día martes, dos de julio».

³⁰ V. Palacio Atard, *La España del siglo XIX. 1808-1898*, Madrid, Espasa, 1981.

Bento 97



Acéfalo el gobierno de España antes de que las tropas francesas controlaran la ciudad de Toledo, el cardenal Luis María de Borbón, primo carnal de Carlos IV y arzobispo primado, presidente de la Junta Superior Provincial de Toledo, marchó a Sevilla y posteriormente a Cádiz para formar parte de la Junta Central y ser presidente del Consejo de Regencia, pues era el único miembro de la familia real presente en España, dejando a los vicarios generales, juntamente con el cabildo catedralicio, el gobierno de su archidiócesis³¹.

En su comitiva hacia la ciudad hispalense iban camufladas las alhajas de mayor valor, entre las que encontraba la custodia de Enrique de Arfe, para que se guardaran donde nadie, ni patriotas ni afrancesados, supieran de su paradero. Con esta medida se quería evitar su robo o destrucción, como ocurrió con las valiosísimas custodias de Cuenca (perdida al ser fundida en 1808 por orden del general francés Caulaincourt, aunque otras versiones, como las de Richard Ford, Cruz Valdovinos o J. C. Robinson mantienen que fue troceada y algunas figuras se conservan aún en el Victoria and Albert Museum de Londres) o de Sigüenza, obra del orfebre Damián de Castro, que desapareció en 1809. La de Valencia, labrada en 1452 por el platero Juan Castellnou, fue fundida en Mallorca para plata en 1812, y la custodia del monasterio de Guadalupe, de la segunda mitad del siglo XV, elaborada en estilo gótico por el monje Juan de Segovia, igualmente fue destruida. Como lo fue la de la catedral de León, cincelada por Enrique de Arfe, similar a la de Toledo en tamaño y filigranas, fundida y convertida en monedas³².

La escolta de tan valiosa mercancía fue encomendada al Batallón de Voluntarios de la Universidad de Toledo.

³¹ J. E. López Gómez, *El Corpus. Fiesta Grande...*, p. 58.

³² C. Hernmarck, *Custodias procesionales de España*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1987, pp. 262-272.

El 14 de agosto de 1808 se recoge en el *Libro de Clausuros* la solicitud del vicescolástico (vicerrector) de formar un cuerpo militar de estudiantes, transformando a clérigos, ordenados y estudiantes en entidad castrense, asumiendo los mandos el claustro de profesores.

Aprobada la iniciativa por la Junta Superior de Defensa, el 1 de diciembre de 1808 llegaba a Toledo el teniente coronel Bartolomé Obeso. Lo hacía en calidad de sargento mayor con el fin de disponer todo lo necesario para escoltar oficialmente a la Junta Central que, establecida en Aranjuez, se desplazó a Sevilla ante el avance enemigo, que llegaría el día 17 de diciembre y, oficiosamente, proteger las joyas de la catedral, pues, como dijo Martín Gamero, «para resguardo de la rapiña francesa y en compañía fue como de escolta de honor y dispuesto a batirse en su obsequio un batallón de trescientos estudiantes». Apenas llegaba la comitiva a tierras manchegas, el mariscal Víctor entraba en la Ciudad Imperial.

El Batallón Universitario, desde su entrada en la ciudad del Guadalquivir hasta 1813, fue «encargado por la Junta de reprimir la serie de desórdenes y dificultades internos que acaecieron en dicha Plaza³³».

Durante los cinco años que la custodia de Arfe estuvo ausente, la fiesta del Corpus Christi se siguió celebrando, pero con algunos cambios que en ocasiones llegaron a exasperar a los mandos franceses por no poder disfrutar de todo

³³ J. Miranda Calvo, «La Universidad de Toledo en 1808: el Batallón de Voluntarios Universitario y la Primera Academia Militar», *Militaria. Revista de Cultura Militar*, nº 1, 1989, pp. 39-56; *La campaña de 1809 sobre la provincia de Toledo durante la Guerra de la Independencia*, Toledo, Caja de Ahorro, 1982. L. Lorente Toledo, *Bandos y proclamas del Toledo decimonónico*, Toledo, Diputación Provincial, 1996 (concretamente, Bando nº 6, 1808, «Proclama de la Universidad de Toledo», pp. 46-48). Á. Fernández Collado, *La Guerra de la Independencia y la Catedral de Toledo (1808-1814)*, Toledo, Instituto Teológico San Ildefonso y Cabildo Primado (Colección *Primatialis Ecclesiae Toletanae Memoria*, nº 7), Toledo, 2009.

el esplendor de la famosa custodia de Arfe, pues el Santísimo fue entronizado en la custodia de asiento de la capilla de la catedral de San Pedro, labrada en plata y oro por Juan de Arfe, con 1,12 metros de altura (obra, sin lugar a dudas, de grandísimo mérito, pero que no llegaba a la excelencia de la cincelada por su abuelo Enrique)³⁴. Llegaron los napoleónicos a exigir a las autoridades eclesiásticas y civiles que se celebrara como era costumbre.

Con los ánimos exaltados de los toledanos y ante la tensión que se produjo en el Corpus del año anterior, los canónigos informaron al Ayuntamiento, el 13 de junio de 1810, que «el cabildo le hace presente tener acordado que la procesión del Corpus se haga en público saliendo por la puerta Llana y continuando por la Plaza Mayor, calle de Obra Prima, Cuatro Calles, Hombre de Palo, Plaza del Ayuntamiento para entrar por dicha puerta Llana de la Iglesia». Esta reducción del itinerario procesional no solo no calmó los ánimos de los toledanos, que, por el contrario, veían peligrar su Fiesta Grande, máxime cuando se enteraron que el Ayuntamiento había invitado a los tres generales bonapartistas presentes en la ciudad para que pudieran desfilar con «el cabildo o con el Ayuntamiento, según les acomode»³⁵.

La modificación del recorrido tampoco gustó al presidente de Policía, que veía en ello un motivo para la revuelta, por lo que manifestó al cabildo que «no se oponía a que verifique la procesión, pero sí advirtiendo que ésta deberá hacerse por la carrera que siempre ha sido costumbre». Al año siguiente, el general Daultame, gobernador de la provincia, ordenó que «la Procesión del Corpus se haga este

³⁴ Ramírez de Arellano localizó en 1915 esta custodia de la capilla de San Pedro de la Catedral. En 1929 pasó al Museo de San Vicente y posteriormente, en 1961, al Museo de Santa Cruz. M.^a T. Cruz Yábar, «Custodia», en el catálogo de la exposición *Corpus, historia de una Presencia*, Toledo, 2003, p. 316.

³⁵ Archivo Municipal de Toledo. Actas de Sesiones. Extraordinaria, 16 junio 1810.

año por las calles antiguamente acostumbradas, adornándolas con la magnificencia y decoro que corresponde»³⁶.

Si en 1811 se recuperaba el recorrido acostumbrado, los tradicionales palenques levantados en la plaza Mayor, Zocodover y en la plaza de San Juan Bautista para que el público viera la procesión con mayor comodidad, no se construyeron «para evitar no suceda alguna desgracia con el concurso de la gente, no se pongan los Palenques en la Plazas y bocas de calle, por si asiste a la Procesión tropa de Caballería»³⁷.

Al no estar en la ciudad la custodia de Arfe, que era la que obligaba por su altura a colgar los lienzos y lonas de las fachadas, el cabildo «acordó el uso del palio que consta de ocho varas», invitando al Ayuntamiento a que los munícipes fueran los portadores de los varales de plata, pero éstos declinaron la invitación con excusas «por razón del corto número de individuos de que se compone este Ayuntamiento, de los cuales la mayor parte son de avanzada edad y poca robustez [y] se hallan imposibilitados de prestarse a disfrutar de tan alto honor»³⁸. El comisario Manuel de la Huerta renunció a su cargo con la excusa de que «en mis días nunca he usado de otro traje que el de labrador, el cual no conviene al decoro y gravedad que exige una Municipalidad tan distinguida»³⁹. Pero las presiones de las autoridades francesas hicieron que en el Corpus de 1812 se instalaran los típicos toldos, lienzos que sufrieron graves desperfectos por la tormenta que se originó el miércoles de la víspera, siendo los más perjudicados los que cubrían la calle Ancha y la plaza de San Vicente.

Las derrotas de los ejércitos napoleónicos sufridas en tierras europeas hicieron que el 5 de mayo de 1813 el Ayun-

³⁶ AMT. Libro de Sesiones nº 231, 3 junio 1811, fol. 102v.

³⁷ *Ibidem*.

³⁸ AMT. Libro de Sesiones nº 231, 12 junio 1811.

³⁹ AMT. Sesión ordinaria, martes, 11 junio 1811, fol. 106. D Manuel de la Huerta poseía tierras de labor, ganadería y una fábrica de loza.

tamiento convocase una sesión extraordinaria, a las doce de la noche, para comunicar que a las seis de la mañana siguiente «se evacuaban las tropas francesas de la Ciudad»⁴⁰. Después de cinco años abandonaban Toledo, dejándola con los nefastos resultados de tan largo sitio.

Ese año se celebró el Corpus como en los inmediatos años anteriores, nombrando por comisarios de Cera y Vestir Sofieles a Manuel Criado y a Pedro García Moreno, pero aún con mayor austeridad, pues por el ruinoso estado de las cuentas se vistieron a los sofieles pero «se suprimió el refresco que se acostumbraba tener el día de la visita de las calles de la carrera y también se suprimía el reparto de cera a los regidores que no asistiesen a la procesión»⁴¹. Los canónigos, además de reflejar en sus actas que no había niños para llevar las hachas de cera delante del Santísimo, acordaban que, por el estado en que se encuentra la obra y fábrica, «se devuelvan las velas cuando se concluya la procesión»⁴².

Viendo que desde octubre de aquel año de 1813 las tropas invasoras retrocedían en sus posiciones españolas hasta Pau y Toulouse, y con la seguridad y certeza de que las alhajas y reliquias ya no corrían ningún riesgo, el 10 de diciembre de 1813 el cardenal Luis María de Borbón escribía una carta al cabildo informándole de su regreso a Madrid, y con él irían ocultas las reliquias de los santos toledanos santa Leocadia y san Eugenio, así como las joyas de la catedral, entre las que se encontraba la custodia⁴³.

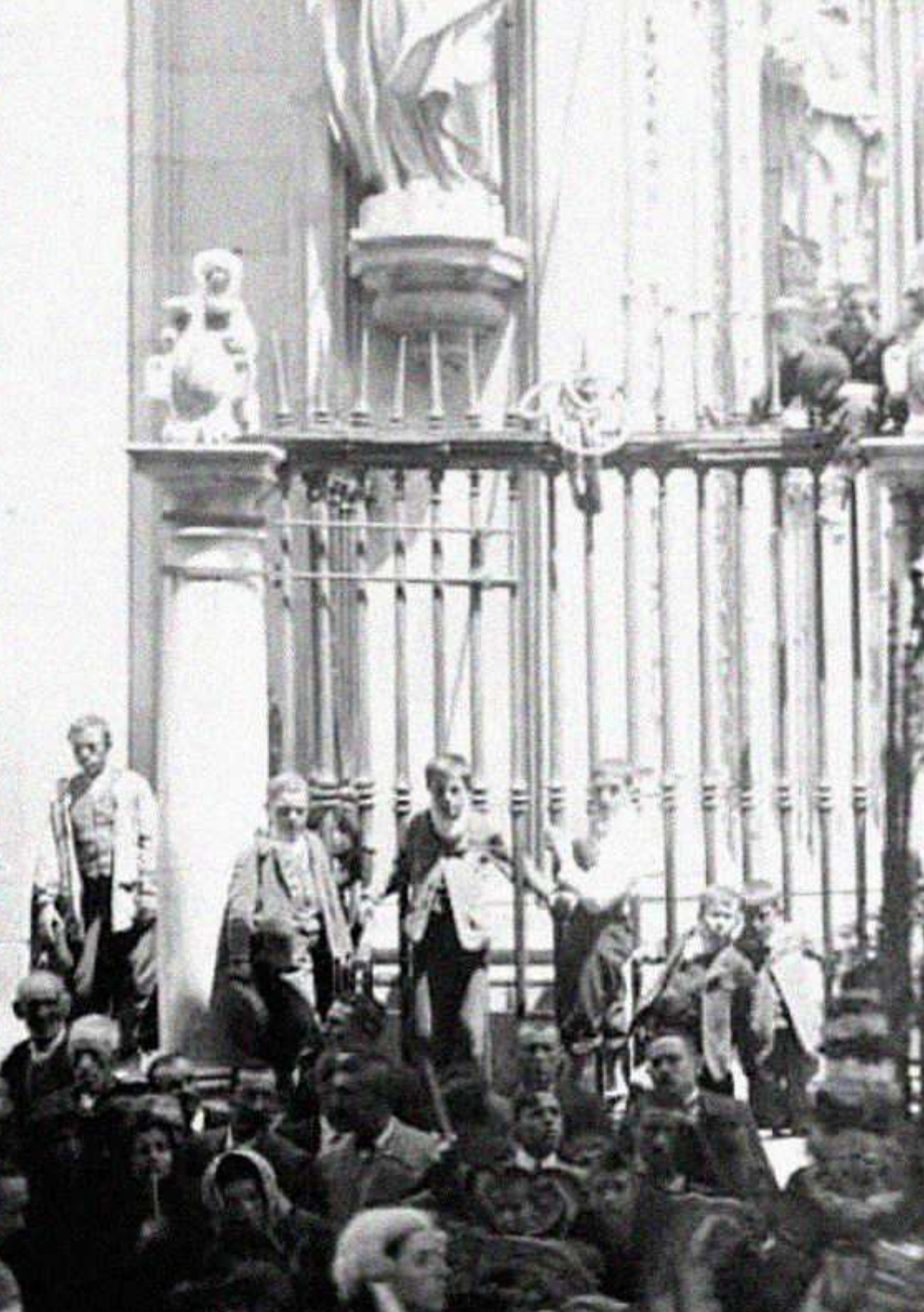
Días más tarde, el 18 de diciembre, firmaba Napoleón con Fernando VII el tratado de Valençay, por el que el monarca español podía volverá a su reino.

⁴⁰ AMT. Libro de Sesiones nº 233, Sesión extraordinaria, 5 mayo 1813.

⁴¹ AMT. Sesión ordinaria, 2 junio 1813, fol. 172v. Las cuentas ascendieron a una cantidad de 7134 reales y 10 maravedís.

⁴² ACT. Actas Capitulares, jueves, 17 junio 1813.

⁴³ ACT. Actas Capitulares, 10 diciembre 1813.





En la misiva también se informaba de que, llegados a la villa de Madridejos, el arzobispo primado y su séquito seguirían rumbo a la corte, desviándose el rico cargamento con la custodia a la villa de Mora, camino de Toledo, conducido por el secretario de cámara del arzobispo y racionero de la catedral, Tomás Ruiz Agudo. En esa localidad se encontraría con el canónigo lectoral, Sr. Cavia, y con el Sr. Torres, quienes se harían cargo del preciado cargamento hasta depositarlo en la iglesia del Hospital de Santa Cruz, donde llegó el día 20 de enero de 1814 entre las tres y las cuatro de la tarde, y descubrirlo para su pública veneración y contemplación⁴⁴.

Con estas noticias, el presidente del cabildo se acercó a la casa del alcalde, Manuel Orgaz, para pedirle que las calles, por donde irían en procesión desde el Hospital de Niños Expósitos hasta la catedral, se limpiaran, se echara arena y se adornaran por sus vecinos con la decencia correspondiente, así como iluminar las casas consistoriales⁴⁵.

El Ayuntamiento, reunido de manera extraordinaria a las tres de la tarde del día 14 de enero, no solo acordó adornar las calles, sino que por la noche «haya un árbol de pólvora que se tire con algunos voladores en la Plazuela del Ayuntamiento durante la iluminación de dicha noche»⁴⁶. Además se presentó la solicitud de «los mozos apeadores del carbón» solicitando salir tras las reliquias como soldados de la fe vestidos a la «española antigua». En la misma sesión se acordó igualmente que se sacara del archivo el cofre donde se guardaba una llave que cierra la urna de santa Leocadia y se entregue al alcalde por si fuera necesaria, como así fue⁴⁷.

⁴⁴ ACT. Actas Capitulares, 21 diciembre 1813.

⁴⁵ AMT. Ayuntamiento ordinario, viernes 14 enero 1814, fol. 24v., y 12, 20 y 21 de enero de 1814.

⁴⁶ AMT. Ayuntamiento extraordinario, viernes 14 enero 1814, fol. 32.

⁴⁷ AMT. Ayuntamiento ord., Libro de Sesiones nº 234, miércoles 19 enero 1814.

Si había alguna duda de la retirada francesa, ésta quedaba disipada con la derrota de Napoleón en Leipzig, obligando a Soult a firmar un armisticio el 14 de abril de 1814.

Con la custodia de vuelta en la catedral, el cura y los mayordomos de la cofradía sacramental de la capilla de San Pedro solicitaron a los canónigos «se les entregase la custodia que en la época pasada se cedió para las procesiones y octavas, mediante a que ya ha venido y se halla en disposición de servir la de esta Iglesia»⁴⁸; como así se hizo el día 8 de junio, de manos del sacristán mayor del sagrario.

Transcurrido un lustro, se volvían a empedrar los hoyos de las carreras del Corpus y se cubrían las calles con los tollos de honor para que la Eucaristía, entronizada en la custodia de Arfe, al recorrer las adornadas calles con pendones y ricos tapices, fuera adorada por un pueblo exultante de gozo.

GUERRA CIVIL. 1936.

«Rasgando el aire con sus rayos de oro -Tabor entre las nubes suspendido- abres tu corazón en perla y nido, y en fronda ocultas tu mejor tesoro. Suspiros de fervor suenan a coro bajo un cielo de azul estremecido; el torrente de luz se hizo latido	y el silencio de amor se hizo sonoro. Custodia que cegando resplandores cabalgas en el sol del mediodía; y a tu paso triunfal tornas en flores el incienso, las nubes, los colores. Trono de la Sagrada Eucaristía en vuelo de plegarias y loores».
--	---

No transcurrieron tres lustros del final del cruento enfrentamiento fratricida que asoló y desoló a España cuando el poeta y secretario de esta Real Academia, Clemente Palencia Flores, escribía este soneto en alabanza y gloria de la custodia toledana tras su brusco desmontaje y posterior embalaje para un frustrado destino.

⁴⁸ ACT. Actas Capitulares, martes, 7 junio 1814, fol. 331v.

Las elecciones del 14 de abril de 1931 que derrocaron la monarquía, dando paso a la Segunda República, no desalentaron el ambiente anticlerical que desde principios del siglo XX se palpaba. Así, aunque entre los artículos de la Constitución republicana estaba «respetar la libertad de creencias y de culto», el 12 de mayo de 1931 se produjo la quema de varios conventos en la cercana Madrid. Estos acontecimientos hicieron temer a los toledanos por la suspensión de la fiesta del Corpus Christi y su célebre procesión.

A pesar de la ley que «restringía el ejercicio del culto en el interior de los templos», gracias a que ésta se sometía «a la sujeción en cada caso de las manifestaciones externas del mismo, a la especial autoridad», ese año se pudo celebrar, sirviendo de preludeo para unos Corpus circunscritos al interior del templo primado y sin la custodia de Arfe.

En los Corpus de 1932 y 1933, aunque entronizada la Eucaristía en la custodia, la torre eucarística no fue acariciada por los rayos del sol al reducirse la procesión al ámbito de la catedral, dejando a un lado los remendados toldos.

La presión del pueblo toledano o la intención de mostrar una normalidad social inexistente a los comisarios americanos de Toledo de Ohio -invitados a la fiesta- hicieron posible un acuerdo entre el Ayuntamiento y la Catedral para que el jueves 31 de mayo de 1934 se celebrara con toda normalidad, como ocurriera al año siguiente, presidiendo el eucarístico cortejo el cardenal Gomá, con la custodia de Arfe siguiendo el itinerario repetido de siglos⁴⁹.

¡Qué diferente sería el Corpus del siguiente año!

Los altercados callejeros, las persecuciones y los escraques a los que se conocían católicos practicantes hacían temer por la paz y normalidad del Corpus de 1936, por lo que

⁴⁹ R. Jiménez Silva, «Una justa memoria histórica del Corpus Christi toledano», programa de fiestas del Corpus, Toledo, 2015.

los canónigos decidieron que la procesión discurriera por el claustro catedralicio, entre melódicos temores bien fundados.

La proclamación del estado de guerra en Toledo, el 22 de julio de 1936, confirmó todas las sospechas que, desde meses antes, presagiaban lo peor para la custodia.

Fusilados los tres canónigos guardianes de las llaves de las puertas de la primada y tomado el palacio arzobispal como cuartel general del gobernador civil republicano, se procedió a cumplir la orden del presidente del Consejo de Ministros, José Giral, de embalar las joyas más valiosas del tesoro catedralicio para trasladarlas a Madrid.

Estando presentes el gobernador civil, Emilio Palomo Aguado, acompañado por el presidente del Frente Popular, Manuel Aguillaume, el capitán de las Fuerzas de Asalto, Eusebio Rivera Navarro, y Urbano Urbán, representante del Partido Comunista, el 4 de septiembre se levantó acta por triplicado de las alhajas que irían a Madrid «para mayor seguridad». Entre ellas se encontraban crucifijos criselefantinos, incensarios, candelabros, el toisón de Carlos II, jarras de oro y pedrerías, los cálices de los cardenales Mendoza y Fonseca, dos superhumerales de tisú de plata con aljófar, perlas y gemas, las cuatro partes del mundo labradas en 1695 por el célebre Vaccaro en plata, diamantes, esmeraldas, topacios y rubíes, y el famoso manto de la Virgen del Sagrario de las ochenta mil perlas..., hasta un total de sesenta y siete piezas de incalculable valor⁵⁰.

En una segunda expedición saldría la rica custodia de Arfe, pues el desmontar los 12.000 tornillos que fijan las 5.600 piezas que soportan sus 260 estatuillas de diferentes tamaños precisaba de más tiempo, pero el rápido avance del

⁵⁰ L. Moreno Nieto, *La Custodia de Toledo*, edición del autor, Toledo, 1993; *Guía-recuerdo del Corpus Christi en Toledo*, Toledo, Diputación, 1960. J. Guadiol Ricart, *La Catedral de Toledo*, Madrid, Plus-Ultra, 1948.

general José Enrique Varela, quien entró en Toledo el 28 de septiembre de 1936, truncó su salida, evitando su desaparición, como ocurriera con la de Jaén (prototipo de las custodias renacentistas españolas, cincelada en plata en 1538 por Juan Ruiz el Vandalino, con más de dos metros de altura y ciento nueve kilos de peso), la custodia de bronce de la Colegiata de Gandía (de 1548, obra de Antonio Sánchez de Benavente de Nápoles, con ciento cuarenta y un centímetros de altura) o la custodia de la iglesia parroquial de San Miguel de Morón de la Frontera (Sevilla), la más alta de España, con tres metros y setenta y cuatro centímetros de altura, realizada en la ciudad hispalense por José Alexandre Ezquerro. Todas ellas destruidas en la Guerra Civil⁵¹.

El canónigo Francisco Vidal, más afortunado que otros hermanos de coro, en compañía de un sacerdote y con la ayuda de un cerrajero, entró en la solitaria catedral, donde, desolado, halló maltrechas y vacías las alacenas donde se guardaban las joyas del templo más rico de España. En su afán por encontrar algunas de las alhajas localizó siete cajones que contenían, entre protectoras virutas de madera, la gran custodia de Arfe. Pieza que, aunque con ciertas roturas, abolladuras de piezas y pérdida de algunos tornillos, parecía completa.

En un reconocimiento más detallado se comprobó que faltaba la gran cruz que el platero toledano Laínez realizó con ochenta y seis perlas y cuatro grandes esmeraldas para remate de la eucarística torre, y que más tarde se encontró, según la versión de Moreno Nieto, envuelta entre algodones en una caja en una de las salas del palacio arzobispal, y según Julio Pascual envuelta en un sucio pañuelo de mano en un rincón de la capilla del Tesoro⁵².

⁵¹ C. Hernmarck, *op. cit.*

⁵² L. Moreno Nieto, *op. cit.*

Igualmente faltaba el viril de oro que en 1582 reparara Julián Honrado por orden del cardenal Quiroga, aparecido en noviembre de 1936 «en las cuevas de la catedral»⁵³; pero lo que no aparecieron fueron las ochenta perlas y las veinte piedras preciosas que enriquecían la sagrada circunferencia, pareciendo más que el viril del Santísimo Sacramento una corona de dolorosas espinas con profundos orificios dejados en la ruda extracción de sus gemas. La cruz de brillantes, de incalculable valor, que en 1600 hizo el orfebre Alonso García por orden del cardenal Bernardo de Sandoval y Rojas para timbrar el redondo viril, fue encontrada días más tarde por el sacristán Collado entre las páginas de un libro.

Al año siguiente, aunque por el decreto del general Franco «quedaba declarado festivo en la zona nacional, a todos los efectos, incluso los mercantiles, el día 27 de mayo, festividad del Santísimo Corpus Christi»⁵⁴, con la guerra en el sur del Tajo y la custodia desmontada, la procesión, presidida por el obispo Dr. Modrego, discurrió por el templo catedralicio y el claustro, siendo portado el Santísimo en la preciosa custodia de mano neoclásica del convento de San Clemente bajo el palio de la parroquia de Santo Tomé⁵⁵.

Viva aún la fratricida guerra en algunos lugares de España, el jueves 16 de junio de 1938 se celebró la fiesta del Corpus como el año anterior, pero portando el Dr. Modrego en sus manos la Sagrada Forma en un sencillo viril acoplado en un sobrio expositor.

⁵³ *El Alcázar*, miércoles 11 de noviembre de 1936. «Esa joya de imponderable valor histórico y artístico ha sido hallada en las cuevas de la catedral».

⁵⁴ R. Jiménez Silva, *op. cit.*

⁵⁵ *El Alcázar*, 29 de mayo de 1937. «Cuyas varas llevaban el presidente de la Asociación de Padres de Familia, don José Rivera; el presidente de la Junta Diocesana de Acción Católica, don José Rúa; el presidente de la Adoración Nocturna, don Andrés Marín y el presidente de la Hermandad de Médicos de San Cosme y San Damián, don Emilio González Orúe».

Finalizada la contienda el 1 de abril de 1939 y establecida la paz -dentro de la normalidad que puede producirse después de una guerra civil-, con la confesionalidad religiosa recuperada y a sesenta y nueve días de la fiesta del Corpus, aún seguía desmontada la custodia.

El cardenal Isidro Gomá -una vez regresado a su sede- y el cabildo catedralicio encomendaron la delicada labor de volver a su ser la juncal fortaleza de etéreos suspiros dorados al Hefesto de la forja y Eloy de la plata D. Julio Pascual.

El artista, director de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, aunando su reconocida habilidad con la lógica responsabilidad que suponía tan gran reto, inició la reconstrucción en el ochavado relicario catedralicio, pero la falta de luz aconsejó trasladar el improvisado taller a la sacristía del arzobispo, iluminada por el ventanal que abre al patio del Tesorero. Allí, bajo los frescos de Claudio Coello y Jiménez Donoso, rodeado por los lienzos de los grandes maestros de la pintura italiana traídos por el cardenal de Aragón, Julio Pascual iba componiendo el gigantesco puzzle.

La labor, iniciada en la mañana del 17 de abril, comenzó con el desmontaje total, siendo los encargados de pulir y abrillantar las piezas Antonio Aranda y Luis Garcés, quienes las entregaban a Julio Pascual para que, con la ayuda de su sobrino, Antonio Albo, fueran acoplando y engarzando la primorosa y afiligranada tarea. Después de veintidós días de esforzado trabajo se terminaba la custodia para que, como todas las primaveras, Toledo, al igual que en Jerusalén, el rey y profeta, transubstanciado en la blanca luna de gloriosa harina, al macerar las flores silvestres y las plantas olorosas esparcidas por las entoldadas calles, fuera aclamado y adorado sobre su estilizado y etéreo pollino de oro y brillantes.

Y hoy, con los conocidos envites asestados por la historia, la custodia del maestro Arfe, después de cuatrocientos

noventa y cuatro años, sigue siendo el triunfal solio de la immaculada y redonda harina en ese día en que Toledo se postra estremecida a su paso, bajo toldos de honor y reverencia.

Al contemplar tan sublime momento, el cofrade del Gremio de Hortelanos Rafael Balmaseda escribió el siguiente soneto, con el que finalizo mi intervención.

«Hoy es jueves y Corpus en Toledo,
es el Corpus de España y de Castilla,
y entre tanta grandeza y maravilla
entono mi soneto con denuedo.
Al pasar la Custodia mudo quedo;
la poesía está en el Sacramento
que es la voz , el pan y el alimento
del amor y la fe de nuestro credo.
Los tapices, los toldos y la flores,
el incienso, el oro y el tomillo,
el cantar al Amor de los amores.
Majestad, cardenal y monaguillo
van detrás del Señor de los señores,
del amor más sublime y más sencillo».

Muchas gracias.